

Y
3017

EJ.1
1889

FAES
Biblioteca

CORONA FÚNEBRE

EN HONOR DEL SR. DR.

JOSE MARIA URIBE RESTREPO

BOGOTÁ
Imprenta "Echeverría."
1889



Sala de Patrimonio Documental

F A E S
Biblioteca

CORONA FÚNEBRE

EN HONOR DEL SR. DR.

JOSE MARIA URIBE RESTREPO

BOGOTÁ
Imprenta "Echeverría."
1889

UNIVERSIDAD EAFIT

UNIVERSIDAD EAFIT

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

F/3017

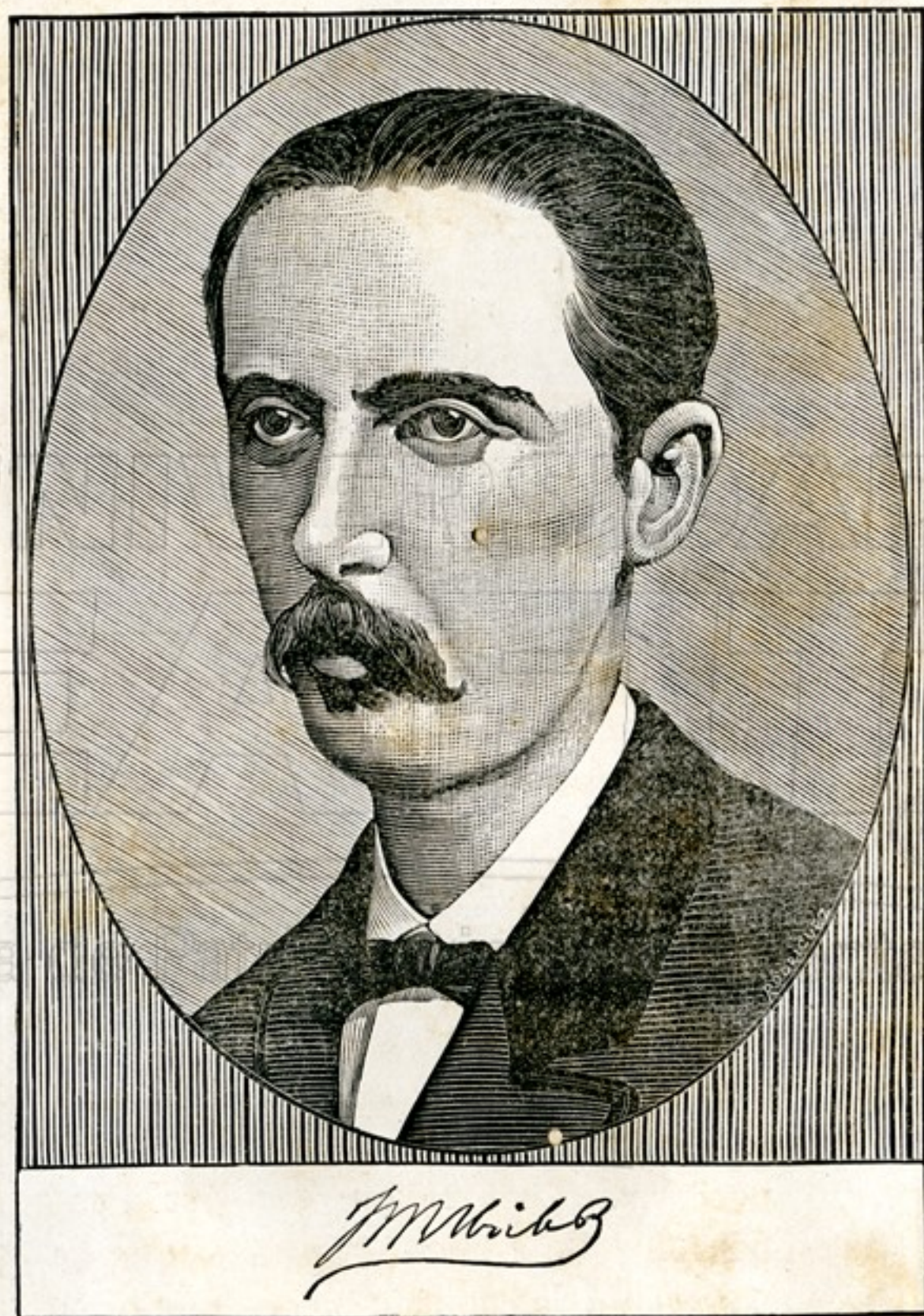
1889

Familia Cock

X-1-95-
UNIVERSIDAD
EAFIT®

Donación

Gala de Patrimonio Documental



J.M. White

JOSE MARIA URIBE RESTREPO.

Resolvimos dar á luz en una sola publicación los diversos escritos relativos á la vida y muerte del excelente hermano é inmejorable amigo, doctor JOSÉ MARÍA URIBE RESTREPO, más bien como tributo de reconocimiento á las almas generosas que se apresuraron á regar flores sobre su tumba, que como un nuevo homenaje á su memoria, porque ésta vivirá eternamente grabada en la de todos aquellos que sepan apreciar las glorias de la Patria; y hará palpar siempre de entusiasmo á todos los nobles corazones que rindan culto á las virtudes públicas y privadas.

Además, la digna esposa del doctor URIBE desea obsequiar á los amigos de éste y á los suyos, con el retrato de él, creyendo, como cree sin temor de equivocarse, que todos ellos tendrán mucho gusto en recibir ese testimonio de estimación y de respeto, y para esto se ha hecho agregar á la corona fúnebre que se ha formado. Quiere además remitir un ejemplar

de ésta á cada uno de sus dos tiernos hijos que reciben educación en los Estados Unidos de América, no sólo por el gusto que ellos experimentarán con los recuerdos que estos trabajos deben producirles, sino también para que conozcan y no olviden jamás á los dignos amigos y admiradores de su padre.

Si algún escrito no se encontrare entre éstos, no será por falta intencional de nuestra parte, sino por motivo extraño á nuestra voluntad, pues no hemos querido darle preferencia á ninguno, ni por la posición de su autor ni por el mérito literario que contenga; el sentimiento noble que los ha dictado es lo único que hemos consultado, y todos á porfía abundan en él.

Por los motivos dichos tampoco hemos sido escrupulosos en darles ordenada colocación cronológica.

RAFAEL RESTREPO URIBE.

Medellín, Agosto 28 de 1889.

ORDENANZA 7.^a

(de 6 de Julio de 1888)

por la cual se honra la memoria del doctor José María Uribe Restrepo.

La Asamblea del Departamento de Antioquia

CONSIDERANDO:

1.º Que el abnegado doctor José María Uribe Restrepo sirvió al extinguido Estado de Antioquia con gran patriotismo y reconocido desinterés en su doble carácter de médico y ciudadano; y

2.º Que el amor á su patria lo llevó hasta sacrificar el reposo y la dicha de que disfrutaba en su hogar, y rendir su preciosa existencia en la infausta jornada de Salamina, el 22 de Marzo de 1879,

ORDENA:

Art. 1.º La Asamblea del Departamento de Antioquia honra la memoria del benemérito doctor José María Uribe Restrepo y deplora su temprana muerte.

Art. 2.º Una comisión compuesta de ciudadanos respetables del Distrito de Salamina,

nombrada por el Gobernador del Departamento, hará exhumar con la magnificencia debida, los restos de aquel ilustre antioqueño, y dispondrá sean conducidos á esta capital, en donde, previas las honras que merecen, serán sepultados.

La lápida que los cubra llevará esta inscripción :

“ DR. JOSE MARIA URIBE RESTREPO.

MURIO EN SALAMINA EL 22 DE MARZO DE 1879.

Dedicó su vida al servicio de la humanidad y la ofrendó
en aras de la Patria.”

Art. 3.º Copia de esta Ordenanza, en edición de lujo, se enviará á la señora viuda del expresado doctor.

Dada en Medellín, á 6 de Julio de 1888.

El Presidente, IGNACIO HERNÁNDEZ—El
Secretario, *José S. Escobar.*

Gobernación del Departamento—Medellín, á 7 de Julio de 1888.

Publíquese y ejecútese.

MARCELIANO VÉLEZ.

El Secretario de Gobierno y Guerra,

JUAN DE D. MEJÍA.

República de Colombia. — Departamento de Antioquia. — Gobernación del Departamento. — N.º 696.
Medellín, Mayo 7 de 1889.

Señora doña Clara Restrepo de Uribe.

Tengo el honor de remitir á usted, en cumplimiento del deber que me impone el artículo 3.º de la Ordenanza 7 (de 6 de Julio de 1888), la copia prescrita en aquel acto legislativo, que cumplo gustoso, porque él es un tributo rendido á la justicia.

Al llenar este encargo en el día destinado oficialmente á celebrar las honras del malogrado joven, doctor José María Uribe Restrepo, digno esposo de usted, séame permitido hacer constar mi sentimiento por la prematura muerte del leal amigo, del eminente médico y del abnegado patriota. De él sabrá Antioquia conservar agradecida los gratos recuerdos á que le da derecho el heroico sacrificio, á que se sujetó aquel valerosamente en defensa de sus fueros.

Soy con todo respeto su atento seguro servidor Q. B. S. P., •

MARCELLANO VÉLEZ.

Medellín, Mayo 8 de 1889.

Señor Gobernador del Departamento.—Presente.

Ayer tuve la alta honra de recibir la muy respetable comunicación que Usía me dirigió con fecha 7 del presente, y con ella la copia de la Ordenanza 7.^a que honra la memoria de mi malogrado esposo, Doctor JOSÉ MARÍA URIBE RESTREPO, en elegante edición por su exquisito trabajo.

Si después de los consuelos que ofrece nuestra santa Religión para un asunto como el que motiva esta correspondencia, hay algo que pueda mitigar mi justa pena, es saber que la conducta de mi marido ha sido aprobada por una Corporación tñ respetable por la calidad de sus miembros, como lo fué la Honorable Asamblea de 1888, y por un gobernante de las relevantes cualidades del actual Gobernador de Antioquia.

Guardaré, pues, con religioso respeto, ambos documentos, no sólo por ser éste un deber de gratitud, sino también como estímulo para que mis hijos marchen siempre por la senda del deber y del honor.

Quiero, además, que dichos documentos

enseñen á mis hijos que entre los fieles y dignos amigos de su padre, se encuentra el que, como Usía, ha logrado colocarse muy ventajosamente entre sus conciudadanos, por sus virtudes públicas y privadas, para que en todo tiempo le guarden las consideraciones y respetos á que se ha hecho muy acreedor.

Soy del Señor Gobernador atenta y respetuosa servidora,

Clara R. de Uribe.

(De *La Voz de Antioquia*, números 95 y 96.)

JOSE M. URIBE RESTREPO

Acaba de celebrarse, con solemnidad y recogimiento, la ceremonia fúnebre con que, por disposición superior, emanada de la Asamblea departamental, se honraron los restos de un hijo ilustre de Antioquia, el doctor José María Uribe Restrepo, los cuales fueron traídos y custodiados por íntimos amigos del noble difunto, desde Salamina hasta esta ciudad. Numeroso acompañamiento de altos empleados y ciudadanos de todas las clases sociales escoltó la urna, cubierta con lujosas insignias que recordaban la variada vida y múltiple labor del doctor Uri-

be, desde la casa de habitación de su señora viuda hasta la Catedral; allí, los oficios de difuntos y la misa solemne; después, el ordenado concurso condujo los restos á la iglesia de San José, donde aguardarán á que esté concluido el monumento que para contenerlos se construye en el cementerio de San Pedro.

En el trayecto de la casa á la Catedral, coros de escogidas voces, con magnífico acompañamiento de orquesta, levantaban, á trechos, el grito doliente de los salmos.

El cuerpo de gendarmes del Departamento hacía calle, en marcha solemne, al conmovido cortejo.

En el atrio de la iglesia de San José, el señor Gobernador del Departamento y el señor don Rafael Restrepo U. leyeron sendos discursos alusivos á la ocasión, los cuales publicamos en seguida.

La manera recogida, la triste y silenciosa emoción que caracterizaron la función de que aquí dejamos nota, eran voz elocuente del profundo sentimiento de dolor con que cada cual asistía á ella.

Hace diez años que el doctor Uribe cayó como un héroe en el legendario combate de Sa-

lamina, y está en todos los corazones fresca la memoria de aquella muerte magnífica; hace diez años que el amigo de corazón ardiente y generoso dejó de existir; que el patriota altivo y gallardo rodó al gran osario insaciable que á todos nos aguarda con su boca monstruosa siempre abierta; que el médico caritativo, original y sabio fué arrebatado á la vida... y ¿quién que haya conocido, siquiera de lejos, á aquel prototipo inimitable que reunía en su alma y en su corazón tan variados y excelsos atributos, puede haberlo olvidado?

Esas sí son glorias apreciables, las que provocan lágrimas en la muerte!

Hijo de su siglo y de su raza, no desmintió nunca Uribe aquella verdad vulgar: nobleza obliga. Vivió para el bien; derramó beneficios; enjugó lágrimas; alivió dolores; despertó simpatías; amó con la intensidad absorbente con que aman los corazones que no temen y que no cuentan; fué querido, adorado por sus amigos y por su familia; consagró todas las fuerzas de su alma y de su cuerpo al bien de su patria; y cayó gloriosamente, sonriendo ante la muerte, inexorable en el cumplimiento del deber, gallardo en la tenacidad orgullosa y épica de su

altivez invencible, apretando contra su corazón, como un símbolo del derecho y de la justicia, esa bandera de Antioquia, abaleada por los traidores, rasgada por la metralla de los invasores, santificada por la sangre de nuestros mártires anónimos.

La vida de Uribe fué una enseñanza que servirá para que nuestra juventud piense en abandonar la inerte vegetación en que pasa sus días, entregada á la trivialidad y al tedio, y se dedique á pensamientos altos, á afectos patrióticos, á tareas viriles, dignas de nuestro pasado y encaminadas á asegurar en lo porvenir nuestra perfección moral como pueblo, nuestro progreso y nuestra dignidad.

La muerte de Uribe fué una protesta de sublime y elocuente sencillez contra todo abuso, contra toda injusticia, contra toda mezquindad envidiosa que pretenda nuestro mal, que trabaje contra nuestra obra de honradez y de lealtad, que amenace nuestras libertades.

Hace diez años, en la muerte del ilustre Coronel antioqueño, presenciemos, acaso sin darnos de ello cuenta, un sacrificio heroico de esos cuyos detalles, al palpar después en el corazón de los poetas, inspiran los épicos relatos,

á cuyo influjo se crispan de entusiasmo nuestros nervios, pasan por nuestro cuerpo frios de exaltación y cruzan nuestro espíritu dudas vagas sobre la realidad de tales acciones.

Sebastián Ospina, negándose á rendirse en Mutiscua y batiéndose, sólo é incontrastable, hasta la muerte; y José María Uribe, herido, y altanero entre su sangre, desafiando con el grito de "Viva Antioquia!" la furia cobarde de los que lo remataron, hicieron, pura y simplemente, la hazaña sobrehumana de Girardot en Bár-bula; y establecieron, sin que quede lugar á duda, que las convicciones honradas y los caracteres firmes y leales, llevan todavía á nuestra raza, por otra parte raquitizada y decaída, á las cumbres del heroísmo. Que las figuras de esos dos jóvenes, "vencedores de la muerte," queden como los modelos egregios que personifican el ideal á que, en la hora de los conflictos inevitables, debe aspirar á acercarse todo buen ciudadano.

•

DISCURSO

DEL DOCTOR MARCELIANO VELEZ

Señores: La primera Asamblea departamental, interpretando la opinión de los pueblos, quiso sacar del olvido á que los sucesos militares y políticos, ocurridos en los últimos diez años, lo habían condenado, el nombre y la vida de uno de los mejores hijos de Antioquia, cuya trágica muerte, si fué duelo público, pregonado en aquella aciaga época de hogar en hogar, y repercutido por los ecos de nuestras montañas, también vino á ser lección de heroísmo y ejemplo de lo que es capaz de inspirar, en una alma privilegiada, el amor á la patria.

Quiso aquella respetable Corporación honrar de un modo especial la memoria del Doctor JOSÉ MARÍA URIBE RESTREPO, muerto valerosamente en Salamina, defendiendo los fueros y derechos de Antioquia, y dar á sus restos sepultura digna de su vida y de sus merecimientos. La doble y solemne ceremonia religiosa y civil que habéis presenciado es el cumplimiento que he dado á la voluntad expresa de aquella respetable Corporación, deber que he cum-

plido con pesar por los dolorosos recuerdos que esta fúnebre función evoca en todos los espíritus, pero especialmente en el mío, ligado al suyo por estrecha amistad y por la admiración que su nobilísimo carácter me inspiraba.

Los motivos que determinaron á la Asamblea para expedir la Ordenanza que estamos cumpliendo son bien conocidos de todos, para que sea preciso narrarlos aquí detalladamente. Entre las muchas víctimas que periódicamente impone al país la necesaria labor de perfeccionar sus instituciones, y fundar un gobierno que asegure el orden social y garantice las libertades necesarias de los asociados, la figura del doctor URIBE RESTREPO sobresale por rasgos notables de caridad, de ciencia, de abnegación y de heroísmo.

Nacido en cuna mecida por la fortuna y salido del seno de una familia verdaderamente notable por su posición social, sus virtudes y su espíritu eminentemente expansivo y generoso, el doctor URIBE no quiso gozar del enervante ocio en que vegetan estérilmente la generalidad de los favorecidos de la suerte. Dotado admirablemente por la Providencia, conoció desde temprano que tenía una misión grande que

llenar y, como todas las almas privilegiadas, tuvo el presentimiento de que su tiempo en el mundo era corto, y se apresuró á preparar su espíritu para la labor de servicios y de sacrificios á que se sentía irresistiblemente empujado.

Gallardo de figura, que el mismo Antinoo hubiera envidiado, de inteligencia superior, de carácter enérgico y perseverante, de valor enteramente excepcional, abnegado, generoso; todo hacía de él uno de esos personajes que atraen la admiración y el cariño de cuantos los conocen, y que vienen á ser, donde quiera que vivan, focos de luz, centros de grandes ideas y de empresas generosas.

Sediento de ciencia, pasó rápidamente por las escuelas llevando en su alma de niño cuanto en ellas se enseñaba; voló á los Colegios y Universidades y en ellos hizo su educación profesional con tanto provecho, que, apenas adolescente, vino á ser uno de los más notables médicos del país.

Lleno de ciencia, no la guardó en arca egoísta. Se le vió prodigar sus conocimientos en todas las poblaciones donde vivió, y digo prodigarlos, porque jamás se preocupaba por la paga. Servir, hacer el bien, ésa era su ambi-

cionada recompensa y viene de allí el culto, la idolatría con que Titiribí, Sonsón, Abejorral, Aguadas y todas las poblaciones donde pasó parte de su vida como un misionero providencial, guardan su memoria; y la lluvia de lágrimas con que han regado á su paso la urna que contiene sus restos.

Eso bastaba para sobresalir, llamar la atención de los buenos y ser digno de la estimación general; pero hay en su vida, otra faz que la señala á la gratitud pública. Habitado á ver y curar los males individuales, alcanzó á mirar, con su ojo investigador é inquieto, otros males de mayor magnitud que afectaban el cuerpo social.

Instituciones defectuosas, gobiernos impotentes para el bien, propaganda oficial que pervertía al niño desde la escuela á la universidad, arrebatándole sus creencias morales y religiosas y llevándolo á un materialismo grosero, era lo que soportaba el país en aquella época. Alma nacida para el esfuerzo diario, para la lucha por el bien, era imposible que permaneciera indiferente ante una situación de tanta gravedad para su patria.

Convirtiéndose desde entonces en lidiador po-

lítico y cuando el país hizo el grande esfuerzo patriótico de 1876, contra el gobierno impuesto á la Nación por la violencia, él fué de los primeros en volar á los peligros. En los campamentos era el médico, el consejero de las audaces medidas, el alma llena de fe incontrastable, el espíritu que daba esperanza. En la batalla era un verdadero héroe. Se transformaba y aquel que vivía conservando la vida y aliviando los dolores de los demás, exponía la suya intrépidamente y buscaba á ese precio mejores días para su patria.

Vencido en aquella época y no habiendo encontrado para sí una bala, creyó insoportable la vida en presencia de los sucesos que se cumplían en Antioquia. A instancias de familia y amigos fué á buscar lenitivo al dolor que oprimía su alma con el espectáculo de la civilización europea. Observador y estudioso, aglomeraba sin cesar conocimientos; pero la mente fija en la patria desgraciada, lo mantenía inquieto y sobresaltado.

Regresó pronto á su feliz y envidiable hogar, rico en ternuras de la hermosa y digna compañera de su vida, y en inocentes y gratas sonrisas de sus hijos; pero la suerte de la pa-

tria, jamás, como entonces, infortunada, pesaba sobre su corazón y lo empujaba á aquel terrible drama que se llama entre nosotros la revolución de 1879.

Fué uno de sus iniciadores y de sus principales jefes. Activo, inteligente, organizador, propagandista incansable, no ahorró sacrificios ni esquivó ningún peligro. Al ver que la victoria no podía favorecer á un pueblo inerme que lidiaba contra ejércitos disciplinados, aguerridos y provistos de todo, resolvió sucumbir con su causa y morir sin pedir perdón ni capitulaciones. Volver vencido y humillado á sufrir ultrajes y vejámenes de un enemigo implacable, á quien odiaba con todo el odio disculpable que el amor á la patria y una sincera convicción saben engendrar, era para él imposible. Murió, y sin averiguar ni referir la crueldad que presidió á aquel noble sacrificio, para no despertar dormidos rencores, sólo diré que la muerte era, quizá, el mayor bien que daba el cegado vencedor á sus adversarios vencidos en aquella inolvidable época.

En ese aciago día se extingió una grande inteligencia y dejó de palpitar un gran corazón. Por eso la patria agradecida ha querido reno-

var hoy los dolores que su prematura muerte produjo en todos los ánimos, ordenando honrar su nombre de un modo solemne y público.

La ordenanza que tal deber me impone manda que se grabe en su tumba esta expresiva inscripción :

“ Dedicó su vida al servicio de la humanidad y la ofrendó en aras de la patria.”

El Cuerpo legislativo de Antioquia, en ese conciso pensamiento compendió la vida del sabio y del héroe cuya memoria nos es tan querida. Que esa vida y esa muerte sean ejemplo para la juventud y plegaria muda, elevada al cielo por la felicidad de la patria, generosa y grande aspiración de su alma.

DISCURSO

DEL SEÑOR RAFAEL RESTREPO U.

Señores. La Asamblea del Departamento, fiel intérprete del sentimiento de una inmensa mayoría del pueblo antioqueño, decretó honores á la memoria del ciudadano ilustre doctor JOSÉ MARÍA URIBE RESTREPO, y entre éstos, el de que sus restos fuesen trasladados

de Salamina á Medellín, para ser sepultados definitivamente en uno de los cementerios de esta ciudad.

El Señor Gobernador de Antioquia, en cumplimiento de aquella disposición, dictó las que creyó precisas para que se llevase á efecto la soberana voluntad del Legislador, y en virtud de esto nos encontramos en esta solemnidad.

Ha sido costumbre de todos los pueblos de la tierra, tanto antiguos como modernos, así salvajes como civilizados, tributar culto al patriotismo; y esto con sobra de razón, porque los homenajes hechos á aquella virtud excelsa, redundan en pro de los individuos, de los pueblos y de las naciones en general, estimulando las buenas obras; y son, por otra parte, la manifestación de la gratitud, que es una de las virtudes que más enaltecen á la humanidad.

Veamos en unos ligeros rasgos biográficos del doctor URIBE, si es acreedor á lo que tan espontáneamente ha hecho por él el pueblo antioqueño.

El doctor URIBE recibió una esmerada educación cristiana que, á todo costo, como á sus hermanos, le proporcionaron sus virtuosos padres los señores Agapito Uribe y Teresa

Restrepo ; habiendo recibido la elemental en Titiribí, dada por maestros á propósito para ello ; la secundaria, en Medellín, en el Colegio de San Ildefonso, bajo la hábil dirección de profesores tán juiciosos é ilustrados como los doctores Jorge Gutiérrez de Lara y Presbítero José María Gómez Angel ; y la profesional, en Bogotá, en la Universidad nacional, la cual le confirió el diploma de Doctor en Medicina que él supo honrar en el ejercicio de su humanitaria profesión, manifestando suma destreza en bastantes operaciones de alta cirugía, y en el tratamiento de millares de enfermedades de diversas y graves condiciones, procediendo en todo caso con un desprendimiento tál, que más bien fué un humilde siervo de la caridad cristiana que un prudente trabajador.

Titiribí, Concordia, Bolívar, Fredonia y los pueblos todos de la Provincia del Sur son elocuentísimo testimonio de lo que acaba de aseverarse.

Con una inteligencia superior, bien cultivada, instrucción bastante y muy sanas ideas de moral cristiana, no era posible que se dejara de formar un carácter que, si fué muy levantado, á la vez gozaba de una dulzura que revela-

ba su natural bondad; ni que se dejase dominar por aquel sentimiento vil y pernicioso que denominamos con la palabra egoísmo. Por eso fué patriota desinteresado y valiente hasta el heroísmo.

Adolescente aún, á la edad de diez y siete años, cuando en 62, por consecuencia de la fatal contienda de aquella época nefasta, partidas armadas recorrían el Estado, dando golpes de muerte al santísimo derecho de propiedad, conculcando la justicia y las más preciosas garantías personales, él irguió su frente, se alistó en las banderas de la buena causa, y combatió militarmente á los que así insultaban á una sociedad civilizada.

Estudiante era en Bogotá cuando se preparó en aquella ciudad el inicuo plan que tenía por objeto arrojar del solio presidencial de Cundinamarca al legítimo Presidente de este Estado, y al momento con energía incontrastable y el arma al brazo, ocupó el puesto del deber, prestando el contingente de su persona en favor del orden y de la justicia, á fin de que se evitase el golpe preparado contra el Gobierno presidido por el probo, ilustrado, digno y virtuoso doctor Ignacio Gutiérrez Vergara.

Dichosamente vivía [el doctor URIBE, en 75, en uno de los pueblos del Sur, en unión de su consorte y tiernos hijos á quienes amaba entrañablemente, cuando Antioquia resolvió lanzarse en la guerra, en defensa de la autonomía de los Estados; y á pesar de las muy favorables circunstancias de su vida, no vaciló un instante en enrolarse en las filas de los defensores del derecho, y marchó á Los Chancos y estuvo en Garrapata y combatió en todas partes con bravura nada común, haciendo uso á la vez del bisturí, en favor de los desgraciados que caían bajo los golpes terribles del plomo y la metralla, habiendo sido de los últimos en retirarse después del funesto desenlace de aquellas campañas, y de aquellos desgraciados combates.

No fué demasiado paternal el Gobierno que surgió del triunfo del General Trujillo, y mucho menos del que sucedió á éste, encabezado por un soldado que en la febril exaltación que produce la política en todos los partidos, y en casi todos los hombres de ellos, pero muy especialmente en los que profesan las exageradas doctrinas de la democracia, no reconoció límites á su despótica dominación.

Por eso la situación de esta nuestra muy

querida tierra llegó á un extremo tál, que, con muy raras excepciones, los hombres más eminentes del partido conservador, y una numerosísima mayoría de él, representante de todos los gremios, profesiones y estados, juzgaron indispensable un cambio de gobierno, á despecho de todo sacrificio. El doctor URIBE, después del vencimiento de las fuerzas de Antioquia, se había ido á Europa, tanto para estudiar y aumentar sus conocimientos médicos, como para evitarse un poco las amargas penas que le causaban los males de su patria, oprimida y tiranizada en sumo grado; pero permaneció poco tiempo en tierra extranjera; porque juzgó que era indigno de su carácter, de su valor y sus virtudes el voluntario ostracismo á que se había sujetado, y no estar en su país, dispuesto en cualquier instante á toda clase de sacrificios, hasta el de su vida, en servicio de la causa de sus convicciones; y volvió á tiempo que se proyectaba la gloriosa insurrección de 79, que, por más que se esfueren algunos en deprimirla, será siempre un timbre de altísima honra para los que, con una abnegación imponderable, la concertaron y llevaron á cabo, contribuyendo eficaz, aunque indirectamente, al muy halagador

estado en que hoy, con la Regeneración, se encuentra la República de Colombia.

Fué JOSÉ MARÍA uno de aquellos eximios patriotas, y su entusiasmo y decisión tales como los necesitaba la arriesgada empresa que se acometía. Estuvo en el desgraciado encuentro de armas del Cuchillón, que fué la causa primordial del mal suceso que tuvieron las armas de la legitimidad; y en Salamina el 22 de Marzo, donde á la edad de 33 años, después de haber combatido heroicamente, y ser vencido y estar cruelmente herido, un infame asesino, que Dios haya perdonado, puso término á tan preciosa existencia, cerrándose con su muerte y las de sus dignos y valientes compañeros, Fermín Villegas, José Manuel Jaramillo, Martín Villegas González, Lisandro Uribe y treinta víctimas más, y la captura del inestimable General Cosme Marulanda, el drama de aquella batalla inmortal.

Qué buscaba el doctor URIBE en la guerra? Empleos públicos? No, porque ni los necesitaba, ni eran propios para su carácter, ni había sido educado para la política. Fortuna? Tampoco, porque tenía una de bastante consideración que legó á su mujer y á sus hijos.

Fama? Demasiado bien sabía él que los hombres que poseen talento y ciencia pueden adquirir nombre, reputación y gloria no sellados con la sangre humana, derramada en fratricidas contiendas.

Luego es lógico concluir que el móvil único de todas sus bélicas acciones no fué sino el ardiente deseo de servir á su Patria, con abnegación, puro y desinteresado patriotismo, y por lo mismo, que lo hecho por él han sido actos de muy merecida justicia.

Mas no por esto deja la familia de JOSÉ MARÍA de agradecer, como es debido, las ovaciones que se han hecho á sus restos mortales.

Y así es que estima de su deber manifestar, por mi conducto, mucho reconocimiento á todos los que han tenido parte en ellas.

Pero, no siendo posible recordar individualmente á cada uno, me limitaré á hacerlo en conjunto, y muy especialmente al inteligente joven señor doctor Juan B. Londoño, quien, se me ha informado, fué el autor del proyecto mencionado, el cual debe considerarse como la primera flor puesta en la corona fúnebre del doctor URIBE; á todos y cada uno de los honorables Diputados que unánimemente votaron en fa-

vor del proyecto ; al Señor Gobernador del Departamento, que gustosa y patrióticamente dió explícita aprobación al acto legislativo dicho yá ; al Dignísimo é Ilustrísimo señor Obispo, doctor Bernardo Herrera Restrepo, que no sólo abrió sin obstáculo las puertas de la Catedral, sino que concurrió en persona para que la función no careciese de la imponente majestad que en su esencia llevan todos los actos del culto católico ; á los dignos hijos de la civilizada Medellín, que no han mirado con desdén las obligaciones que los buenos tienen para con los que se sacrifican por ellos ; á las cultas y patriotas poblaciones de Salamina, Pácora, Aguadas, Sonsón, Abejorral y La Ceja, que compitieron en pompa y bizarría, manifestando con los honores que tributaron á sus restos, que, si supieron estimarlo en vida, mucho más supieron respetarlo y venerarlo después de su muerte ; y en fin, á los dignos caballeros Faustino Estrada y Nicolás Henao, que en testimonio de la sincera, fina y fiel amistad que profesaron á JOSÉ MARÍA, se impusieron espontáneamente el encargo de trasladar los restos desde Salamina á esta ciudad, recorriendo los pueblos que atrás se han mencionado, y un inmenso trayecto de

caminos llenos de toda clase de dificultades, sin que un sólo instante hubieran dejado de custodiarlos con religioso respeto.

Gracias mil, pues, en nombre de la familia Uribe Restrepo, á todos los nobilísimos corazones que se han mostrado en esta fúnebre obra ; y de las instituciones patrias, pues que con hechos de esta naturaleza podremos decir con satisfacción :

No siempre los republicanos son ingratos.

DISCURSO

pronunciado por el señor D. Juan B. Londoño, en Salamina, al entregarle al señor Faustino Estrada los restos del Doctor José María Uribe Restrepo.

Señores. Vengo en nombre de la Patria y de la humanidad doliente á depositar una lágrima sobre la urna que encierra los restos del ilustre doctor José María Uribe Restrepo. . . .
¡ Qué doloroso es recordar que en fratricida lucha fué cortado el hilo de tan preciosa existencia ! ¡ Cuántas palpitations más no hubiera dado, lleno de entusiasmo y de anhelo por el bien de su Patria, aquel generoso corazón, cuya

noble sangre fué derramada heroicamente el aciago 22 de Marzo de 1879 ! ; Cuántos sufrimientos físicos y morales no hubiera evitado aquel potente cerebro, inagotable manantial de la Ciencia de la vida, si su valiosa existencia no hubiera sido ofrendada á la Patria en aquel infausto día !

Señores : al despedirnos de las reliquias sagradas que encierra esta urna y que ayer nada más yacían sepultadas en el campo-santo de Salamina, lo hacemos sólo en cumplimiento de un deber sagrado ; justo es que los restos del doctor Uribe vayan á reposar al lado de los miembros de su familia que duermen, como él, el eterno sueño ; y en donde puedan su tierna esposa y sus queridos hijos derramar sobre su tumba lágrimas de amor.

Pero, señor Estrada, decid á los deudos del doctor José María que habéis sido testigo del profundo dolor con que los hijos de Salamina os han entregado esos preciosos restos ; decidles que antes de permitir que los llevarais, esta patriota y católica población los condujo solemnemente á su templo, y allí elevó plegarias al Dios de las Misericordias por el eterno descanso del alma del doctor ; y decidles también que la me-

moria del patriota José María Uribe Restrepo vivirá siempre en el corazón de los hijos del Sur; que primero acabará el tiempo con esas cenizas que lleváis, que con el recuerdo que de él conservan los habitantes de estos pueblos.

Adiós.

J. B. LONDOÑO.

DISCURSO

pronunciado por el joven Bonifacio Vélez al entregar en Pácora, el señor Faustino Estrada, los restos del mártir del deber, doctor José María Uribe Restrepo.

Señores. Los grandes hombres no mueren; porque aunque sus despojos mortales vayan á confundirse con el polvo en los lugares silenciosos y sombríos, y porque aunque su espíritu vuele al lugar que la Providencia tiene señalado á los que dejan de existir en esta morada terrenal, su memoria vive grabada eternamente en los corazones agradecidos.

La memoria del ilustre doctor José María Uribe R., cuyos restos se conducen hoy en hombros de los pueblos desde este lugar hasta el de Medellín, en donde deben reposar, vive y vivi-

rá grabada para siempre en los corazones de todos.

Vive en el corazón de los que apuraron miseria, porque el doctor Uribe ejercitó constantemente la más excelsa de todas las virtudes: LA CARIDAD.

Vive en el corazón de los patriotas, porque estos contemplaron en aquel mártir del deber los efectos grandiosos del valor, la abnegación del soldado decidido que sabe luchar hasta morir, en defensa de la causa de sus convicciones; y porque le miraron gigante en los campos en donde impera el estampido del cañón.

Vive en el corazón del pueblo antioqueño, que le vió nacer y sobresalir entre los que se han sacrificado con heroísmo, en sostenimiento de los derechos sacrosantos de la causa del orden en la justicia.

Vive en el corazón de la República entera que sabe que en medio de las selvas antioqueñas, en donde nunca se ha desoído el grito angustiado de la Patria, se levantó colosal la figura inmaculada del egregio doctor José María Uribe R., cuya apoteosis se celebra hoy; quien, como Bolívar, jamás llegó á dudar de que la bandera de la causa, que abnegada y desintere-

sadamente abrazó, tremolaría, tarde ó temprano, en los fecundos y altos dominios de la libertad; quien, como Córdoba, disponía de la pujanza suficiente para arrollar á sus enemigos, “*á paso de vencedores*”; y quien, como Ricaurte, si las circunstancias lo hubiesen exigido, se habría inmolido convirtiendo en pavesas á los sectarios de la tiranía, para elevarse después, en alas de la gloria, al trono del Excelso diciendo; “acabo de redimir á mi Patria.”

En fin, señores, la memoria del doctor Uribe vive y vivirá grabada siempre en el corazón de todo colombiano, porque éste fué abrasado por las irradiaciones poderosas de su mirada deslumbradora, y porque la voz del que arrancó admirables secretos á la ciencia, para aliviar á la humanidad doliente, se colocó en la trompeta de la fama y se hizo sentir en los espacios infinitos.

Grande y honrosa es, pues, la misión que en suerte toca hoy desempeñar á varios pueblos del Departamento: la de conducir los restos venerandos del doctor Uribe á la tumba, en donde deben permanecer humedecidos siempre por las lágrimas de su santa esposa y de sus tiernos hijos, guardados religiosamente por sus

hermanos y amigos, y mirados con respeto y veneración por todos los que sepan que esa tumba contiene las preciosas reliquias de uno de los más preclaros hijos de Antioquia.

Nobles amigos de Pácora : en fuerza de las circunstancias y únicamente en cumplimiento de un deber ineludible, nos desprendemos de los restos queridos del doctor Uribe, cuya sombra sagrada inmortaliza los gloriosos campos de Salamina, y los depositamos en vuestras manos ; pero antes de entregaros la urna funeraria que los contiene, permitid que la reguemos con nuestras sentidas lágrimas y que os manifestemos que en el pecho de cada salamino, se ha erigido un altar, en donde la gratitud elevará constantemente sus preces al cielo por el alma del

Que unió á la ciencia corazón de héroe,
Alma cristiana al noble patriotismo,
Y del que, al fin, para decirlo todo,
Ciñó á su sien la palma del martirio.

Salamina, Abril de 1889.

BONIFACIO VÉLEZ.

(De *La Tarde*, núm. 85, de 16 de Mayo de 1889.)

DISCURSO

DEL SEÑOR JOSE M. RESTREPO M.

Señores. Cuando un pueblo ve vulnerados sus derechos, ultrajada su dignidad, vilipendiadas sus creencias, es capaz de los actos más arrojados, puede ejecutar hazañas que llenen de admiración ó de espanto á las generaciones por venir. Sagunto en los tiempos antiguos, Zaragoza en los modernos, la heroica Cartagena en la guerra de nuestra independencia, son ejemplos patentes de lo que acabo de afirmar. Y las guerras civiles, espantosa fiebre perniciosa á que ha estado por tantos años sometida nuestra amada Patria, tanto más amada cuanto más desgraciada, son las que ofrecen, con más frecuencia, ejemplos de bárbara persecución, por una parte, y de sacrificios heroicos, de noble abnegación, por otra.

Dadme un país cualquiera en guerra civil, y yo os lo daré convertido en el teatro de los mayores horrores; las más espantosas escenas trágicas, imaginadas por los poetas; las más repugnantes hecatombes humanas, los más horrendos crímenes ejecutados á sangre fría en

nombre de la libertad ó por espíritu de venganza, se repiten con lamentable frecuencia durante estas conmociones políticas, y el mayor mal que ocasionan tan lamentables sucesos es disminuir en las gentes el sentimiento del escándalo, á causa de la repetición frecuente de tan detestables atentados; familiarizar poco á poco á hombres, mujeres y niños con esas infamias, desmoralizar, corromper y salvajizar las naciones.

Y uno de los más desastrosos efectos de las fratricidas contiendas civiles es la pérdida de los más esclarecidos hombres del país. Por lo regular, los mejores ciudadanos, los más virtuosos, los que más poseídos están del conocimiento y cumplimiento del deber, son los que abrazan con más entusiasmo la causa de las ideas y principios salvadores de la sociedad; y el día de las grandes pruebas, el día de las batallas, ellos, los mejores hijos de la Patria, son los que más se exponen al peligro, los que mueren. Es verdad que se coronan de gloria inmortal, pero no es menos cierto que anegan en lágrimas á sus deudos y amigos y cubren de luto al pueblo en masa.

Vosotros sabéis en qué circunstancias y á

manos de quién pereció el insigne ciudadano cuyos restos mortales tenemos presentes. Vosotros sabéis también que el inolvidable doctor José María Uribe Restrepo vivió siempre dispuesto á sacrificarse por su familia, por sus amigos, por sus nobles convicciones, por la humanidad. Sabéis, asimismo, qué virtudes adornaban la grande alma de ese esclarecido varón que, con la amable sonrisa siempre en los labios, rebosando de vida y de juventud, prodigaba sus cuidados, sus desvelos, su ciencia y su dinero á todo el que veía sufrir; no eran sólo sus amigos el objeto de sus solícitos cuidados, eran todos sus semejantes. Uribe supo granjearse el amor y la gratitud de cuantos tuvimos la honra de tratarle.

Antioquia, tiranizada cruelmente, espoliada, ultrajada, profanada y manchada por crueles tiranos, se debatía en horribles convulsiones; este noble pueblo había caído en el abatimiento y estaba mancillado y envilecido; necesitaba rehabilitarse, purificarse y rescatar su prístina dignidad; para esto eran necesarias algunas víctimas expiatorias; pues bien, una de esas víctimas escogidas para rescatar á Antioquia y restituirle sus derechos y su noble des-

tino, fué el doctor José María Uribe Restrepo. Otros marcharon adelante, porque el Señor los llamó primero; pero era que guardaba la víctima más grande y valiosa para completar y terminar el holocausto: Jaramillo, Mejía, Correa, Valbuena... vosotros abristeis la era del tremendo martirologio que se continuó con Estrada, Escobar, Mac-Ewen y mil otros; pero el coronamiento de la tremenda hecatombe estaba destinado á nuestro inolvidable amigo el doctor Uribe; él, acompañado del valiente Villegas y de otros denodados guerreros, derramó su sangre generosa y rindió su noble vida por la libertad de su amado suelo antioqueño. Y cosa singular! inmediatamente que este espantoso sacrificio se cumplió en Salamina, se eclipsó la estrella de los opresores, que tanto les había sonreído, su poder vino á menos, día por día, su descrédito se consumó, y en cuatro ó cinco años, que son un minuto en la vida de los pueblos, el poder tiránico que ejercían se desvaneció, como una nube negra que se deshace al soplo del viento, precursor de la primavera.

Mártir cristiano! tu noble sangre sirvió para rescatar nuestra patria! Tu generoso espíritu de abnegación te llevó al sacrificio, y con

la misma serena sonrisa que desplegabas al lado de tus amigos, al lado de los enfermos, ofrendaste tu preciosa vida en aras de la Patria para su rescate y libertad. Yo te di la última despedida, viéndote marchar á pie, sin más equipaje que el vestido de campaña que te cubría, pero siempre sonriendo, siempre sereno.

Dichoso tú, egregio hijo de Colombia, que mantuviste en alto la bandera del orden, la enseñanza de los hijos de la luz, el estandarte civilizador que simboliza la idea cristiana, y lo llevaste impertérrito adelante, hasta caer envuelto en él, como en glorioso sudario! Feliz tú, á quien la Patria aclama con orgullo, á quien el suelo nativo cuenta entre sus libertadores; y que tuviste la gloria de rescatar, con tu vida preciosa, á tu Patria de la tiranía, del contagio de la impiedad, de la peste socialista y de la anarquía dissociadora, que la llevaban á pasos precipitados á la ruina y á la salvajez!

Dios habrá premiado yá dignamente tus virtudes y tu noble sacrificio; en el seno de la eterna dicha, inundado de luz y de eterna alegría, estarás ahora contemplando á tus amigos en el acto de tributar á tus restos mortales los honores debidos á tu imperecedera memoria, y

te complacerás en nuestras demostraciones; pero tu mayor complacencia, la satisfacción que podría aumentar tu gloria, si la gloria del cielo pudiera aumentarse, es la de ver á la Patria, por quien te sacrificaste, andando resueltamente por la vía del progreso y de la civilización cristiana, que fué siempre el ideal de tu vida, el constante anhelo de tu grande alma.

Descansa en paz, amigo querido, duerme el tranquilo sueño de la tumba aquí en la tierra, y goza plenamente en el cielo de la eterna felicidad con que Dios premia las virtudes de los buenos. A nosotros toca guardar siempre tu memoria en el corazón y tratar de imitar tus virtudes, siguiendo tu ejemplo generoso.

He dicho.

Sonsón, Abril 22 de 1889.

DISCURSO

DEL SEÑOR DOCTOR J. J. JARAMILLO L.

“Nunca será inútil la sangre derramada por una justa causa” decía el Libertador.

Siempre la virtud, y especialmente la caridad, ha sido aplaudida por el mundo y premiada por Dios en la eternidad.

Patriotismo y caridad fueron las grandes virtudes que enaltecieron al doctor José María Uribe, al hombre cuyos restos tenemos presentes, y por el cual la Iglesia, madre tierna y afectuosa, eleva al cielo sus preces, y nosotros, admiradores de los grandes méritos del ciudadano ilustre, tributamos un homenaje á la memoria de aquel que rindió su vida en el campo de batalla, por dar á su Patria renombre y á nosotros, libertad.

Pero su sangre derramada por t an justa causa no fecund  inmediatamente el árbol santo de la libertad, porque no era tiempo aún. El que rige el mundo de los hombres y decreta la suerte de los pueblos lo había dejado para después.

Así mismo, la sangre derramada en Cabudare, La Puerta y Maturín, no sirvió sino mucho después, en Boyacá, Pichincha y Ayacucho; se necesitaban sacrificios anteriores para merecer la Canaán prometida á los que atravesaran el desierto, esto es, la regeneración de los pueblos, después de cruentas luchas, de grandes sufrimientos, lo mismo que se necesita de la penitencia para gozar de la bienaventuranza.

Señores : él, que dotado de grande inteligencia, podía entrar, como entró, en el templo de la fama ; él, que perteneciendo á una familia distinguida, tenía el pasaporte de su ilustre cuna para elevarse ; él, que mimado por la suerte, merecía las sonrisas afectuosas de la fortuna ; él, que teniendo por insignia el talento, por pasaporte el dinero y por timbre su noble sangre, era muy natural que tuviera por divisa el egoísmo y por talismán el placer, al menos así sucede en el mundo pero el doctor Uribe abandonó su hogar, poblado de ilusiones que revoloteaban entre los castos besos de una esposa amable y bella, y entre las palabras, á medio pronunciar de sus pequeños hijos ; abandonó la dulce sociedad de sus amigos, que tenían por él verdadero afecto, porque conocían su des-

interés y su noble corazón; dejó de andar por la senda muelle y limpia de su vida de ciudadano, para emprender la escabrosa y desigual que conduce á los campos de batalla, y allí elevó á Dios esta oración; "Señor, lo he abandonado todo por conseguir el triunfo de la causa de mis convicciones; paz, hogar y tranquilidad he desdeñado por dar á mi Patria bienestar; ya no tengo más que darle, aquí está mi vida, la doy con gusto por la felicidad de mis compatriotas, recíbela como holocausto tributado en aras de la Patria." Y sus palabras fueron oídas: seis años después, el mismo estandarte que Uribe, unido á un puñado de hombres, trató de levantar, flameó victorioso, acaso en la misma cresta de los Andes, donde la bandera matinal había sido rota á balazos, aunque la idea prevaleciera para aparecer después espléndida y radiante, anunciando al mundo que había llegado la nueva era; que la libertad en la justicia que habían proclamado algunos empezaba á reinar yá, porque en todo Colombia había resonado ese grito enérgico y salvador, y que los Andes publicaban los nombres de los insignes caudillos que en el bufete y en el campo de batalla habían conseguido regenerar un pueblo,

digno de mejor suerte, pero que sólo en adelante podía contar con garantías y paz.

En efecto, el doctor Uribe practicó al pie de la letra lo que dijo el gran Arboleda :

“ Patria, por tí sacrificarse deben
Bienes y fama y gloria y dicha y padre,
Todo, aun los hijos, la mujer, la madre
Y cuanto Dios en su bondad nos dé.”

Que el Dios de las misericordias la haya tenido por el alma del doctor Uribe; que su esposa, para mitigar su pena, diga á sus hijos “ En vuestras venas circula la sangre de un héroe; levantad con orgullo vuestra frente, que donde quiera respetarán en vosotros la grata memoria de vuestro padre, porque él supo cumplir su deber.” Sí, el cumplimiento del deber, jóvenes, noble y santo sentimiento, que alienta el brazo del patriota para salvar á su Patria; que sugiere al Profeta en su carro de fuego y en su visión celestial, para legar á la humanidad el manto de su memoria; que da vigor al mártir para alcanzar la inmortalidad !

Que los compatriotas del doctor Uribe eleven al Cielo sus oraciones por el preclaro varón, que llenó su misión de ciudadano y de

héroe, y que pidan al Soberano de los mundos que nos envíe hombres como el ilustre mártir.

Sonsón, Departamento de Antioquia.

UNA CARTA

Medellín, Mayo 8 de 1889.

Señores Redactores de *La Tarde*.

Amigos nuestros.— Son las ocho de la noche, y acabamos de oír en la plazuela de San José, diremos que con patriótica tristeza á la par que con espíritu de dolor, la retreta fúnebre en honra del apóstol de la ciencia, del sacerdote de la humanidad doliente y del singular mártir de Salamina en el funesto y aciago 22 de Marzo de 1879, el señor doctor don JOSÉ MARÍA URIBE RESTREPO. Sus cenizas, que acaban de llegar, reposan en la iglesia que lleva aquel nombre, y su esposa y sus hijos han podido oírla desde su triste y enlutecido hogar.

La selecta concurrencia que vimos allí, y sobre todo el calor grato de la juventud medellinense que hasta nosotros llegó,—viajeros á la ligera,—nos dicen muy claro que aún el puro

y sincero amor á la Patria, regada con tanta sangre preciosa, vive y vivirá en el corazón de los antioqueños.

Probablemente la mayor parte de los que allí estábamos no conocimos personalmente al señor doctor URIBE; porque él siempre ejerció su profesión de médico y cirujano, excelente y meritísimo, fuera de Medellín y de Oriente, de donde somos nosotros. Pero es sabido que los galardones y los lauros, que dan la ciencia y el amor á la Patria, no tienen límites; y si bien él era hijo conocido de determinado lugar, su gran corazón, su levantado patriotismo, su amor á la humanidad, saltaban los señalados círculos del terreno que meció su cuna, para ser hijo mimado y predilecto de Antioquia, que aún siente y deplora el instante cruel en que, mano cobarde y asesina, como al vencedor de Ayacucho en el Santuario, le dió la muerte, para que Jaramillo, Villegas y otros más no aparecieran como las únicas y preciadas víctimas de la tiranía y del despotismo de 1879.

Nada importa que muchos de nosotros no le hubiésemos conocido, si todos sabemos quién fué el doctor URIBE como médico: el ESTRADA de muchas poblaciones antioqueñas, por su

ciencia y su caridad, que es cuanto puede decirse; si semejante á una Hermana de la Caridad,—díganlo Sonsón, Titiribí y otros lugares,—solicito y sin exigir remuneración alguna, estaba dondequiera que había dolores que aplacar, males y dolencias que curar y deudos entristecidos á quienes consolar.

Dígalo la Patria, esto es, la causa de sus convicciones, si no le vió heroico, abnegado y desinteresado como el que más, en los Chancos, en Garrapata, en El Cuchillón, y por último en Salamina al lado del patriota entre los patriotas, del immaculado COSME MARULANDA, llamado por su biógrafo, Samper, el Cincinato de las montañas antioqueñas, donde, cual el Bayardo de los franceses, antes que dar la espalda á sus victoriosos enemigos, expiró con crueldad al golpe de cobarde asesino.

Qué importa que no le hayamos conocido, si á nosotros, hijos de Oriente, nos entusiasman sus viejas glorias, cual el pájaro se enorgullece con sus alas, con su pico y con su voz; si esa música tristísima y lamentable que acabamos de oír, arrancó á nuestro pecho un gemido, y á nuestro corazón un suspiro, y á nuestra alma una idea: la del deber patriótico; si ella, en fin,

nos hizo recordar que pocos días antes de su sacrificio en Salamina, se habían inmolado en El Cuchillón, Valeriano Alzate, Vicente Vargas, Rafael Zuloaga y otros más, para no desmentir que eran de la tierra oriental donde nacieron Rafael María Giraldo, Eliseo Arbelaez, Ignacio Zuloaga y Vicente Gómez García!

En fin, señores Redactores: la retreta fúnebre que acabamos de oír no ha podido menos que requerirle á nuestra pluma una palabra, y á nuestro patriotismo una ovación de sentimiento, no sólo por nuestra propia cuenta, sino aun por la del generoso pueblo de Oriente—víctima propiciatoria de la Patria, hoy como ayer, mañana como hoy,—como un homenaje de justicia al abnegado patriotismo y al valor heroico de uno de nuestros más distinguidos antioqueños, el señor doctor D. JOSÉ MARÍA URIBE RESTREPO.

ELEUTERIO RAMÍREZ.

(*La Tarde*, núm. 84, de 9 de Mayo de 1889.)

DOCTOR JOSE M. URIBE RESTREPO

El miércoles de la semana pasada fueron conducidos los restos de este eminente ciudadano por varios de sus deudos y un respetable caballero amigo de éstos, de la iglesia de San José, en donde habían sido depositados, al Panteón de San Pedro, donde fueron colocados en el lugar destinado para este objeto.

Quien quiera inspirarse en el valor y en la nobilísima virtud del puro y desinteresado patriotismo, visite aquella venerable tumba.

(De *La Tarde*, número 89, de 14 de Junio de 1889.)

JOSE MARIA URIBE R.

22 de Marzo de 1884.

Si la heroicidad es virtud, téngase á bien que hoy, 22 de Marzo, recordemos la misma fecha de 1879. Fué entonces cuando la ciudad de Salamina presenció la lucha terrible en que el partido conservador y el partido liberal, en instante desesperado, buscaban, el uno y el otro, cauce para sus ideas y para sus pasiones.

Fué arriada afortunadamente, la bandera de la reacción, pero en el campo de los vencidos quedó, como amargo trofeo, el cadáver de un hombre eminente.

¿ Es que puede alguna vez sellar el labio, contener la mano, la falsa razón de la sangre? Por nuestras venas corre la misma de JOSÉ MARÍA URIBE y su heroico sacrificio en Salamina es leal orgullo de nuestra casa, aunque no lo sea de nuestros principios; que talento, decisión, constancia, valor y arrojo son gloria.

.....

Era JOSÉ MARÍA URIBE, en el partido conservador, una alta figura, por su entusiasmo y por su valor; fuera de él, altísima por su ciencia y por su bondad. Para la familia, su cariño era inagotable.

J. DE D. URIBE.

(De *La Actualidad*, número 21.)

RETRETA FÚNEBRE.

La que tuvo lugar en la plazuela de San José el miércoles de la semana pasada, por la noche, dada por la banda militar de la Gendarmería para cerrar con ella los honores fúnebres del Doctor José María Uribe, estuvo espléndida.

Es innegable que el joven Director de la banda, señor Paulo Emilio Restrepo U., tiene grandes dotes musicales, pues no de otra manera pudiera interpretar tan bien las sublimes inspiraciones de los grandes maestros del divino arte.

Que continúe recibiendo la protección que merece su talento y cultivándolo con esmero para bien de él y honra de esta culta sociedad, son los deseos de algunos de sus amigos Colaboradores de este periódico.

(De *La Tarde* número 85, de 16 de Mayo de 1889.)

EN LA TUMBA

DE JOSEI MARIA URIBE RESTREPO

muerto heroicamente en la defensa de Salamina, el 22 de Marzo de 1879.

A mi querida hermana Clara R. de Uribe,

Morir no es perecer.

J. E. CARO.

Dejadme aquí llorar! lo necesita
Mi corazón, de lágrimas avaro;
Dejadme aquí llorar! en esta losa
Quiero imprimir las huellas de mi llanto!

Para turbar la calma de estos sitios,
Para entrar á este fúnebre santuario,
Invoco los recuerdos de mi infancia
Y del fraterno amor los dulces lazos.

Que aquí en mi corazón jamás se pone,
Porque es un sol sin vacilante ocaso,
El nombre del que duerme en esta tumba
De un ciprés medio oculta entre los ramos.

Como obedece á leyes misteriosas
El palpitante imán que sigue al astro,
O cual es instintivo de las aves
El trinar lastimero y el reclamo,

Así mis ojos ávidos convierto
A este oscuro y reducido espacio,
Donde la Fama permanece muda
Y el ángel de la Gloria está enlutado.

Aquí, donde el valor rompió su espada,
Aquí, donde el saber botó sus lauros,
Aquí, donde una idea entre sollozos
Muestra vencidos los robustos brazos.

Robustos, sí : le vieron las batallas
Que llenan con sus nombres nuestros fastos,
Siempre el primero en el mortal peligro,
Siempre de honor en el reñido campo.

El humeante rifle contra el pecho,
Veloz, irresistible sagitario,
La muerte lleva á donde va su vista,
A do tiende la oreja su caballo.

Y ni el estruendo horrible del combate,
Ni del cañón el eco prolongado,
Ni de la carne misma el calofrío
Ponen medida en su resuelto paso.

Sólo el grito doliente del que cae,
Herido el corazón, secos los labios,
Detiene su afanar por la victoria
Y ata al guerrero las convulsas manos.

Depuesto entonces el marcial coraje,
Dulces los ojos, inflexible el tacto,
Es Dupuytrén quien corta y venda y liga,
Y es el campo de horror anfiteatro.

Se salva allí la fracturada pierna,
Se extrae el proyectil del roto cráneo,
Se da un rápido adiós al moribundo,
Y un urra por la patria á los soldados....

¡Cuántos no le debieron de la vida
Seguir el curso silencioso y blando,
Y ver del sol, bajo apacible techo,
Reverberar los encendidos rayos!

¡Cuántos que ahora de la esposa amante
Sus hijos ven dormir en el regazo,
—Prole feliz que descuidada espera
El girar tortuoso de los años—

No vieron de la muerte el esqueleto
Y del no ser el limbo solitario,
Y no sintieron por su faz marchita
Resbalar los hidrópicos gusanos!

¡Y antes de dar el postrimer suspiro
Y de cerrar los ojos extraviados,
Él con su ciencia los robó al sepulcro
Renovando los bíblicos milagros!....

Y hoy el que amó á su patria con delirio,
Hasta ofrecerse á ella en holocausto,
El que fué de sus hijos y su esposa
El padre tierno y el humilde esclavo,

Yace inactivo en lóbreguez envuelto,
De extraño cielo bajo el triste palio,
Sólo presente en el hogar vacío
Que el duelo cubre con lloroso manto!

Y el olvido tal vez.... Oh! nó; es impía
Esa palabra aquí; yo no profano
El culto que se rinde á su memoria,
El culto del vencido, que es sagrado.

De tierras de Aures que cantó el poeta,
Del Arma hondo, bramador y raudó,
Del Cauca ardiente que se arrastra ledó,
Del Aburrá por sus arenas áureo

Vienen aquí devotos peregrinos,
Por amistad y gratitud guiados,
A dejar una flor sobre esta losa
Y el verso más sentido de sus cantos.

Mil nombres confundidos pueden verse
Que el lápiz tembloroso confió al mármol,
Cual de hiedra nativa entretejidos
Al árbol verde trepadores tallos.

Yo también una pobre siempreviva
De mi apartado hogar aquí te traigo,
Lágrimas de mi madre hay en sus hojas
Y recuerdos de amor de tus hermanos.

O joven! O guerrero! Me resigno:
¡Que se cumpla el decreto de los hados!
“Morir no es perecer,” si nuestro nombre
Lo embalsama la gloria con sus lamos!

Salamina—1882.

ANTONIO JOSÉ RESTREPO.

(De *La Siesta*, núm. 14, de 6 de Julio de 1886.)

EL DOCTOR URIBE

Al nacer, perfumáronle su cuna
Las brisas de las selvas antioqueñas,
Y aprendió entre sus riscos y sus breñas
A amar la libertad, no la fortuna.

La Gloria le buscaba enamorada
Al aprender los hechos de su historia,
Pero él no le ofrendó ni una mirada:
Amó la libertad más que la Gloria.

Lleno de caridad y de nobleza,
Amaba la verdad como hombre honrado,
Del maldiciente odiaba la bajeza,
No llegó á decir mal ni del malvado.

La ciencia se hospedó en su joven alma,
El amor hizo un nido entre su pecho,
Y él, cual águila audaz que odia la calma,
Trocó su paz en temporal deshecho.

La modestia ocultaba sus acciones,
Y, grabando de amor con viva llama
Su nombre en los ajenos corazones,
Jamás su nombre encomendó á la Fama.

De guerreros en largos batallones
La guerra convirtió á nuestros amigos,
Y el manto colombiano en dos jirones
Arrojó á los dos bandos enemigos:

La lucha comenzó, y entre el estruendo
De lanzas, y guerreros, y corceles
Le veían sus amigos combatiendo.
Qué buscaba? Escuchad! De los crueles

Enemigos el pecho, del vencido
La mano que estrechaba conmovido,
Del herido el remedio
Sin demandarle nunca su partido.

Prudente al mismo tiempo que arrojado,
En el recio combate prefería
Nunca la inercia vergonzosa y fría,
Sino el grave peligro del soldado.

Y devuelto á su hogar, yá terminada
La guerra asoladora y el espanto,
Devuelto á su fatídica morada,
Sus armas y un caballo eran su encanto.

Por eso al reclinar su cuerpo inerte,
Terminada su espléndida carrera,
La carne descansó por vez primera:
Su vida fué un combate con la muerte.

Amigo, hermano mío, cuánto duelo
Sobre tu caro suelo!

Ay! cuánta amarga lágrima vertida!
Cuánto lloro en tu hogar abandonado!
Cuánto dolor callado!

Después de tu postrera despedida!
Cuántas veces á solas, pensativo,

Te imaginaba vivo,
Y conversé contigo largo rato!
Y cuántas sin quererlo y sin enojos

Sentí aguarse mis ojos
Contemplando en silencio tu retrato.
Cuando el valor ha flaqueado en mi alma
Y la serena calma

Del corazón amedrentado huía,
Al pronunciar tu nombre venerado
 Te he sentido á mi lado
Vagando por hacerme compañía.
¡ Cuál sufro cuando pienso que la herida
 Por do se huyó tu vida
La abrió mano cobarde y alevosa,
Y que al morir, un asesino viste
 En lugar de la triste
Dolorida mirada de tu esposa !
Si duermo, me parece que te veo
Cargado del trofeo •
De una existencia siempre combatida,
Y escuchas con mis pobres oraciones
 Las largas bendiciones
De tantos que por tí gozan la vida.
No cayó con tu cuerpo tu renombre,
 Porque el poder del hombre
En las tumbas se estrella inútilmente;
Nos queda de tu historia el alto ejemplo
 Custodiado en el templo
De nuestra libertad, eternamente.

MARCO ANTONIO JARAMILLO.

Sonsón 1889. •

ANTE LOS RESTOS

DEL DOCTOR JOSE M. URIBE R.

No he venido á llorar al monumento:
Si tengo el corazón hecho pedazos,
Ahogaré el dolor entre mis brazos,
Pero llorar no sé mi sufrimiento.

De un intenso dolor arrebatado,
Vengo una hoja á poner, hoja marchita,
Sobre esa caja, do un recuerdo habita,
Sobre ese cofre en lágrimas bañado.

Esos suspiros que regala al viento
El alma dentro el pecho adolorido,
Ese intenso dolor, ese gemido
Mudo idioma será del sentimiento.

Mas ¿ que hay en esa caja? Náda, náda:
Hay cenizas.... Materia ya dormida
Del que á todos deseaba dar la vida,
Y que llegó á la última morada....

El valor, la bondad, el patriotismo,
El arte de curar, un mar de ciencia,
El hijo del deber, la inteligencia,
La constancia, el honor, el heroísmo....

Todo lo encierra la enlutada caja,
El tierno esposo, el padre malogrado,
Y todo está con lágrimas bañado,
Y todo está cubierto con mortaja.

Y el alma no murió, que ella no muere
Y cual humo subió para el Eterno....
Es lección que sabemos abeterno :
“Vive con Dios el que por Dios muriere.”

¡Víctima de la patria! hiciste el bien ;
El martirio en el mundo fué tu sino,
Tú sembraste de flores tu camino,
Y descansas por siempre en el Edén.

GERMÁN JARAMILLO J.

EL DOCTOR

JOSE MARIA URIBE RESTREPO.

(PARA SU CORONA FÚNEBRE)

“La gloria es una recompensa moral que concede la sociedad á las acciones y á las virtudes brillantes.”—Duclos.

I

Niño era yo cuando en la Patria mía
Audaz la tiranía
Posó su planta con orgullo fiero ;
Cuando perdidas yá las ilusiones,
Los nobles corazones
Se quejaban con eco lastimero ;

Cuando cruel vencedor, con saña impía

Lanzado al lodo había

De mi querida Antioquia la bandera;

Cuando turbas infames de soldados

En valles y poblados

Al vencido buscaban por doquiera;

Cuando grandes patriotas respetables

Y esposas venerables

El cayado empuñaban del viajero;

Y marchaban, cruzando las montañas,

Los valles y campañas,

A buscar protección al extranjero!

Cuando sembrado el dolo en todas partes,

Las letras y las artes

Relegadas estaban al olvido;

Y el patriota que usaba de su pluma

Moría entre la bruma

Y las zarzas y helechos escondido;

Cuando violando santas libertades,

Llevaba á las ciudades

La sombra del terror un cruel tirano;

Cuando se ahogaba el grito del patriota

Y en una playa ignota

Expiaba su valor republicano;

Cuando cerradas todas las iglesias,

Aquellas turbas necias

Despojaban á Dios de sus altares;

Y las almas creyentes, solitarias

Alzaban sus plegarias

Al que rige los mundos y los mares!

Engreído el triunfante despotismo,
Los fueros del civismo
Pisoteaba á la par con el vencido;
E imitando el furor de los franceses
Alzar vimos á veces
La sombra del cadalso envilecido!

En medio á situación tan aflictiva
Alguna idea activa
Germinaba en la mente del patriota;
Y Antioquia, siempre altiva y orgullosa,
Su sangre generosa
Deseando verter gota por gota,

Se lanzó en los azares de la guerra;
Y en la lejana sierra
Dejando oír su grito de combate,
Desafiaba atrevida á los tiranos
Cobardes é inhumanos,
Proclamando la muerte ó su rescate!

El cielo se cubrió de densa niebla
Y espesa la tiniebla
Tiñó del horizonte la extensión;
Tan solo se veía en la montaña

El toldo de campaña
Que hacía estremecer el corazón!

Del partido triunfante los soldados
Muy diestros y equipados
Presurosos marchaban á la lucha;
El vencido, sin armas, ve sonriente
A tan soberbia gente:
Sólo la voz del patriotismo escucha!

Se ha empeñado la lid ; pausado grito
Resuena de hito en hito
Animando al soldado á la pelea ;
Se ha obscurecido el cielo ; sólo se oye
Resonar en la torre
La campana que triste clamorea.

Ha cesado la lucha fratricida ;
Pagaron con la vida
Los patriotas su arrojo y valentía ;
; Quién es el vencedor ? Suerte inhumana !
El mismo que mañana
De la patria hollará la autonomía !

Mas, callad!.. aún falta nuevo embate ;
El bravo no se abate
Porque salga vencido en " El Ancón " ;
Las tropas se acometen con bravura
Y . . . ! nueva sepultura
Se abre para el patriota en " Cuchillón " !

Aún quedan en los grandes corazones
No pocas ilusiones ;
Aún el vencido anhela la victoria ;
Aún late el corazón dentro del pecho ;
Aún, en su despecho,
Quiere luchar el bueno con la gloria.

Los patriotas que fueron derrotados,
Pero no escarmentados,
Promueven nueva lucha en Salamina ;
Y, combatiendo allí como Espartanos,
Lanzan á los tiranos
Cargas de bala que el valor sublima.

En medio de aquel campo memorable,
Anciano venerable
Se ve luchar con furia y sin reposo;
Y observando lo adverso de la suerte
“ Prefiero yo la muerte ”
Dice, “ si el enemigo es victorioso.”
¿Quién será ese hombre extraordinario,
De valor legendario
Que prefiere la muerte á la derrota ?
Ese es el sublime Marulanda,
Hombre de propaganda
Y modelo del bravo y del patriota!

II

Hay allí otro patriota que, impasible
Se muestra en la terrible
Hora sangrienta del soberbio drama ;
Joven que lucha con sin par bravura
Y ve con amargura
Contraria suerte de armas no lejana.
La sublime hecatombe fué perdida
Y su preciosa vida
Ofrendó en aras de su Patria amada ;
No habiéndose humillado ante el destino,
Un puñal asesino
Cortó de su existencia la jornada!
Hoy por eso la Patria agradecida
A todos nos convida
A cantar las hazañas del patriota,

Que en medio á lo mejor de la existencia
Abandonó la ciencia
Por buscar en la guerra suerte ignota.

La muerte á URIBE estaba reservada
En aquella jornada
Sanguinaria y crüel de Salamina;
Allí su nombre remontó la gloria
Y yá la patria historia
“ El martir del deber ” le denomina!

Sus cenizas han sido trasladadas
De allá do colocadas
Estaban en olvido y en reposo,
A un lugar en que pueda el antioqueño
Contemplar en su sueño
Al médico patriota y valeroso.

Ahí tiene su esposa entristecida
En esa urna querida
Los restos de su amable compañero;
Tiene la caridad un bello templo,

El patriota, un ejemplo,
Tiene la juventud su derrotero.

Tiene ahí Antioquia un hijo esclarecido
Que no echará en olvido
La noble juventud que se levanta;
Tiene la ciencia un miembro venerable;
Adicto respetable
Tiene la religión augusta y santa.

Hoy por eso, al pasar junto á la losa
En que URIBE reposa,
Evoco los recuerdos del pasado;

Y mirando el azul confín lejano
Recuerdo que el cristiano
En el cielo será recompensado!
Que quien defiende el bien en esta vida,
Fugaz y adolorida,
Con su pluma, su espada y su alto ejemplo,
Se hace acreedor á justas oblaeiones
Y á santas bendiciones
Que la Fama pregona en su albo templo!

ISMAEL PINEDA URIBE.

Medellín, Junio de 1889.

A JOSE MARIA URIBE RESTREPO

Nuevo Bayardo . . . pecho generoso,
Robusto brazo, corazón valiente,
Todo lo puso de la Patria al frente
Inflamado de espíritu animoso.

El genízaro vil y cruel y odioso
Estrechóle en el campo de repente,
Y antes que la cerviz bajar vilmente
Aceptó el sacrificio valeroso.

Llega el supremo instante y en porfiada
Lid desigual, y en batallar continuo,
Sucumbe al golpe de alevosa espada.

Y allí do el fin halló de su camino
Su apoteosis principia inmaculada
Y el baldón para el bárbaro asesino.

Mayo 7, 1889.

M. A.

e La Voz de Antioquia núm. 97, de 15 de Mayo de 1889.)

BIBLIOTECA

Universidad EAFIT



100073353

**SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

Centro Cultural Biblioteca
Luis Echevarría Villegas

FAES

UNIVERSIDAD

EXAMEN



Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental